

el timbre mas esclarecido de su perpetua gloria; y ya en el interior de su mezquino albergue, menospreciado é insultado por sirvientes y por acreedores implacables, su vida, ó mas bien su agonía, no era mas que una alternativa incesante de sonrojos y de martirios.

Rios se puso muy de intento á solemnizar y encumbrar los rasgos tardíos de dignacion y lástima que le dispensaron á largos plazos el Arzobispo Sandoval y el conde de Lemos; y el mismo interesado no les escaseó las muestras de su entrañable agradecimiento. Pero ¿qué serian estos ausilios, cuando nunca llegaron á formalizarle una pensioncilla, ni á colocarle en alguna de sus oficinas ó dependencias? Mientras el empobrecedor y despoblador de la nacion, el idiota y cobarde Lerma, con sus allegados baladies y codiciosos, rebosaba de opulencia y ostentaba funciones costosísimas y frenéticas en alcázares imperiales, el ingenio de los ingenios, el buscado en Argel á voz de pregon por sus proezas casi soñadas, yacia exánime sobre humilde lecho, y en el rincon mohoso de un lóbrego zaquizamí, batallando dia y noche con la extrema indigencia.

¿Qué digo?... ahora mismo, con todo el entusiasmo que se aparenta, si volviese al mundo, lo repito altamente, *hambrearia de muerte*, y espiraria en yerto desamparo aquel autor cuyos escritos han rendido y estan rindiendo mas caudal del que se requiere para formar un potentado opulentísimo. ¿Y cuál es el competente y honorífico desagravio que ha merecido su memoria á la embelesada posteridad? ¿Serán las ediciones lujosas del Quijote, que suelen tan solo redundar en cuantioso enriquecimiento de sus especuladores mercantiles?

Se propuso, hace años, que á la calle de Francos se pusiese el nombre de Cervantes, y que se apellidasen tambien asi Alcalá y el Henares; providencia que acarrearía el gran costo de *una plumada*. Se deseó igualmente, que se abriese una suscripcion general en toda Europa, diligencia que solo en Londres produciría millones; resultando sumo y glorioso beneficio á la nacion de que se erigiese, no una estatua, sino un monumento suntuosísimo; pero á pesar de estos entrañables y entusiásticos clamores, no se le ha elevado otro mausoleo que el fantástico ú aéreo que se le tributa, al fin de la

Poética, por un autor desvalido, sin mas estímulo que su idolatría, ni mas ambicion que el interes de la justicia y del honor nacional.

Cervantes, por lo que dice él mismo, y segun el espresivo grabado de mi amigo, el habilísimo profesor D. Blas Ametller, sacado de copias que se suponen ser del retrato que menciona el autor agradecido, hecho por el pintor y poeta Jáuregui; Cervantes, repito, era de estatura regular, de estampa interesante, ojos agudísimos, rostro aguileño y despejado, y de ademan airoso. Su frente, sea por el influjo de la realidad, ó por la preocupacion y apego entrañable con que se le mira, está brotando travesura, lances y donaires. A pesar de su torpeza natural, por no decir tartamudez, en el habla, su conversacion era animada, festiva y amenísima. Invariable en la tierna amistad, y rebosando de esclarecida gratitud á las mas escasas finezas, seria tambien generoso y benéfico, prendas cuyo ejercicio le imposibilitó inicua suerte, necesitándolas de continuo en los pechos ajenos. Su heroismo se particulariza y descuella aun en medio de aquel siglo de valor y de escelsa nombradía para la nacion española.

Sus padres fueron Rodrigo y Doña Leonor de Cortinas; y tuvo por hermanos á Rodrigo, Andrea y Luisa. Casó con Doña Catalina Palacios, de Esquivias, á quien dieron un dotecillo de cinco á seis mil reales, en que suenan diez gallinas etc. No se habla de sucesion.

Agravóse su agonía incesante, cuyo estremo retrató él mismo tan al vivo en aquellas patéticas y sublimes pinceladas, *las ansias crecen, las esperanzas menguan* etc., y al espirar, sus ojos empañados, vieron, como siempre, el mando y la opulencia en manos de la insensatez por cada dia mas triunfante y asoladora.

Los eruditos se han atareado desaladamente y á porfía, desarrollando, en archivos polvorosos, pergaminos góticos y amarillentos, por desenmarañar en las lobregeces de la antigüedad enlaces remotos de la alcurnia de Cervantes con personajes encumbradísimos; estos individuos, aéreamente endiosados, debieran, por la inversa, ufanarse ansiosamente por descubrir entronques con el ilustrador del linage humano.

Ignórase el paradero de sus cenizas.

NOTAS.

Concluido este escrito, he visto en Francia una Vida de Voltaire en que altaneramente se sobrepone el *Cándido* al *Quijote*. Cuadra en este caso completisimamente aquella exclamacion ya trillada y vulgarísima de Horacio en su Arte Poética : *Risum teneatis, amici?*

El *Cándido* es una sarta de lances inconexos, un hacinamiento de viages interminables, y de personajes recargadísimos; todo para demostrar y remachar aquella tan recóndita verdad de Pero Grullo, á saber que el *optimismo* es un desvarío rematado, y que en este disparatado mundo abundan ó menudean infinitamente mas las desventuras que los logros ó sean las dichas; díganlo las sequías, los Godoyes y Calomardes, el cólera y compañía, etc.

En fin un párrafo cualquiera del *Quijote* atesora mas inventiva y arguye mas verdadero númen, sin asomo de encarecimiento, que veinte ni setenta *Cándidos*.

Por fin se ha colocado una estatua en la casa que habitó Cervantes. El gran poeta ingles, el autor de la composicion lirica mas eminente que se conoce en ningun idioma (el Festin de Alejandro), no tiene en el Panteon Real de Westminster mas inscripcion que esta :

DRYDEN.

Asi tambien la estatua de nuestro ínclito escritor debia tener al pie

CERVANTES

y nada mas, ó á lo sumo

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Pero no *finca ahí ó punto* principalmente, sino en la añadidura, parche ó pegote que se le ha sobrepuesto ú acompañado :

A QUIEN ADMIRA EL MUNDO.

El verbo castellano *admirar* carece de la significacion activa y anchísima que tiene en francés y en inglés; y así es una aprension chistosa con el autor que sirve de norma para el lenguaje castizo y nacional, cometer en un solo renglon que se le dedica un clásico galicismo, ú sea solecismo. ¿Repetirémos lo de Horacio?

Parece que la calle de Francos se llamará ya en lo sucesivo de *Cervantes*; pero Alcalá de Henares, con su rio, deben tambien tomar el nombre de su esclarecido *Ensalzador*.

AL DUQUE DE BEJAR,

MARQUES DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCAZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

« En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

» MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. »

PROLOGO.

Desocupado lector : sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro , como hijo del entendimiento , fuera el mas hermoso , el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza , que en ella cada cosa engendra su semejante. Y asi ¿ qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio , sino la historia de un hijo seco , avellanado , antojadizo , y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno : bien como quien se engendró en una cárcel , donde toda incomodidad tiene su asiento , y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego , el lugar apacible , la amenidad de los campos , la serenidad de los cielos , el murmurar de las fuentes , la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas , y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna , y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas , antes la juzga por discreciones y lindezas , y las cuenta á su amigos por agudezas y donaires. Pero yo , que aunque parezco padre soy padraastro de D. Quijote , no quiero irme con la corriente del uso , ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos , como otros hacen , lector carisimo , que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres : y pues ni eres su pariente ni su amigo , y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrio como el mas pintado , y estás en tu casa , donde eres señor della , como el Rey de sus alcabalas , y sabes lo que comunmente se dice , que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion , y asi puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere , sin temor que te calunien por el mal , ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda , sin el ornato de prólogo ,

ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de D. Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la catterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la divina escritura! No dirán sino que son unos santos Tomasés y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor D. Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y

pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponérme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso D. Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? A lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias, ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con :

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios : *Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el evangelio : *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su distico :

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golias, y con solo esto, que os costará casi nada, tencis una grande anotacion, pues podeis poner : « El gigante Golias ó Goliath fué un filisteo á quien el pastor David » mató de una gran pedrada en el valle de Teberinto, segun se » cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes » que se escribe. »

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereis luego con otra famosa anotacion, poniendo : « El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas : tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los » muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene » las arenas de oro, etc. » Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio Cesar os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras ex-

trañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro : que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada : y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Quanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron : ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología : ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica : ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurcerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el

simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballescros libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habriades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso D. Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mi no olvide. VALE.

AL LIBRO

DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
Libro, fueres con letu-
No te dirá el boquirru-
Que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Bejar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da Príncipes por fru-
En el cual florece un Du-
Que es nuevo Alejandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
Cantarás las aventu-
A quien ociosa letu-
Trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que cual Orlando furio-
Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
Estampes en el escu-
Que, cuando es todo figu-
Con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
No dirá mofante algu-
Que D. Alvaro de Lu-
Que Anibal el de Carta-
Que el Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-

Pues al Cielo no le plu-
 Que salieses tan ladi-
 Como el negro Juan Lati-
 Hablar latines rehu-
 No me despuntes de agu-
 Ni me alegues con flo-
 Porque torciendo la bo-
 Dirá el que entiende la le-
 No un palmo de las ore-
 ¿ Para qué conmigo flo-
 No te metas en dibu-
 Ni en saber vidas age-
 Que en lo que no va ni vie-
 Pasar de largo es cordu-
 Que suelen en caperu-
 Darles á los que grace-
 Mas tú quémate las ce-
 Solo en cobrar buena fa-
 Que el que imprime neceda-
 Dalas á censo perpe-
 Advierte que es desati-
 Siendo de vidrio el leja-
 Tomar piedras en la ma-
 Para tirar al veci-
 Deja que el hombre de jui-
 En las obras que compo-
 Se vaya con pies de plo-
 Que el que saca á luz pape-
 Para entretener donce-
 Escribe á tontas y á lo-

Amadis de Gaula á D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
 Que tuve ausente y desdeñado sobre
 El gran ribazo de la Peña Pobre,
 De alegre á penitencia reducida :
 Tú, á quien los ojos dieron la bebida
 De abundante licor, aunque salobre,
 Y alzádote la plata, estaño y cobre,
 Te dió la tierra en tierra la comida :
 Vive seguro de que eternamente,
 En tanto al menos que en la cuarta esfera
 Sus caballos aguije el rubio Apolo,
 Tendrás claro renombre de valiente,
 Tu patria será en todas la primera,
 Tu sabio autor al mundo unico y solo.

D. Belianis de Grecia á D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
 Mas que en el orbe caballero andante;
 Fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
 Mil agravios vengué, cien mil deshice.
 Hazañas di á la fama que eternice;
 Fui comedido y regalado amante;
 Fué enano para mí todo gigante;
 Y al duelo en cualquier punto satisface.
 Tuve á mis pies postrada la fortuna;
 Y traje del copete mi cordura
 A la calva ocasion al estricote.
 Mas aunque sobre el cuerno de la luna
 Siempre se vió encumbrada mi ventura,
 Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

La señora Oriana á Dulcinea del Toboso.

SONETO.

¡ O quien tuviera, hermosa Dulcinea,
 Por mas comodidad y mas reposo,
 A Miraflores puesto en el Toboso,
 Y trocara su Lóndres con tu aldea!
 ¡ O quien de tus deseos y librea
 Alma y cuerpo adornara, y del famoso
 Caballero, que hiciste venturoso,
 Mirara alguna desigual pelea!
 ¡ O quien tan castamente se escapara
 Del señor Amadis, como tú heciste
 Del comedido hidalgo Don Quijote!
 Que así envidiada fuera, y no envidiara,
 Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
 Y gozara los gustos sin escote.

Gaudalin, escudero de Amadis de Gaula, á Sancho Panza, escudero de D. Quijote.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
 Cuando en el trato escuderil te puso,
 Tan blanda y cuerdamente lo dispusó,
 Que lo pasaste sin desgracia alguna.
 Ya la azada ó la hoz poco repuna
 Al andante egercicio, ya está en uso
 La llaneza escudera con què acuso
 Al soberbio que intenta hollar la luna.
 Envidio á tu jumento y á tu nombre,
 Y á tus alforjas igualmente envidio.
 Que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
 Que á solo tú nuestro español Ovidio
 Con buzcorona te hace reverencia.

Del donoso poeta entreverado á Sancho Panza y Rocinante.

Soy Sancho Panza escude-
 Del Manchego Don Quijo-
 Puse pies en polvoro-
 Por vivir á lo discre-
 Que el tácito Villadie-
 Toda su razon de esta-
 Cifró en una retira-
 Segun siente Celesti-
 Libro en mi opinion divi-
 Si encubriera mas lo huma-

A Rocinante.

Soy Rocinante el famo-
 Bisnieto del gran Babie-
 Por pecados de flaque-
 Fui á poder de un Don Quijo-
 Parejas corri á la flo-
 Mas por uña de caba-
 No se me escapó ceba-
 Que esto saqué á Lazari-
 Cuando para hurtar el vi-
 Al ciego le di la pa-

Orlando furioso á D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
 Que Par pudieras ser entre mil Pares,
 Ni puede haberle donde tú te hallares,
 Invicto vencedor, jamas vencido.
 Orlando soy, Quijote, que perdido
 Por Angélica vi remotos mares,
 Ofreciendo á la fama en sus altares
 Aquel valor que respetó el olvido.
 No puedo ser tu igual, que este decoro
 Se debe á tus proezas y á tu fama,
 Puesto que como yo perdiste el seso.
 Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
 Y Cita fiero domas, que hoy nos llama
 Iguales en amor con mal suceso.

El caballero del Febo á D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mía,
 Febo español, curioso cortesano,

Ni á la alta gloria de valor mi mano ,
 Que rayo fue do nace y muere el dia.
 Imperios desprecié , y la monarquía
 Que me ofreció el Oriente rojo en vano ,
 Dejé , por ver el rostro soberano
 De Claridiana , aurora hermosa mia.

Améla por milagro único y raro ,
 Y ausente en su desgracia , el propio infierno
 Temió mi brazo , que domó su rabia.

Mas vos , godo Quijote , ilustre y claro ,
 Por Dulcinea sois al mundo eterno ,
 Y ella por vos famosa , honesta y sabia.

De Solisdan á D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

Magüer , señor Quijote , que sandeces
 Vos tengan el cerbelo derrumbado ,
 Nunca seréis de alguno reprochado
 Por hombre de obras viles y soeces.
 Serán vuestas fazañas los joeeces ,
 Pues tuertos desfaciendo habeis andado ,
 Siendo vegadas mil apaleado ,
 Por follones cautivos y raheces.
 Y si la vuesa linda Dulcinea ,
 Desaguisado contra vos comete ,
 Ni á vuestas cuitas muestra buen talante ,
 En tal desman vueso conorte sea ,
 Que Sancho Panza fué mal alcahuete ,
 Necio él , dura ella , y vos no amante.

Diálogo entre Babieca y Rocinante.

SONETO.

- B. ¿ Como estais , Rocinante , tan delgado ?
 R. Porque nunca se come , y se trabaja.
 B. ¿ Pues que es de la cebada y de la paja ?
 R. No me deja mi amo ni un bocado.
 B. Andá , señor , que estais muy mal criado ,
 Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
 R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
 ¿ Quereislo ver ? miraldo enamorado.
 B. ¿ Es necedad amar ? R. No es gran prudencia.
 B. Metafísico estais. R. Es que no como.
 B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
 ¿ Cómo me he de quejar en mi dolencia ,
 Si el amo y escudero , ó mayordomo ,
 Son tan rocines como Rocinante ?

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de los mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asi ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años : era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento : basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda ; y llegó á tanto su curiosidad y

desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerias que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leía: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra, ó Amadís de Gaula: mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolución él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio: y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia mas cierta en el mundo. Decía él que el Cid Rui Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revers

habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo de Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto rematado ya su juicio vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, asi para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y asi con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que, tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finisima de encaje. Fue luego á ver á su rocín, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*; le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babiaca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imagi-

nar qué nombre le pondria ; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviere sin nombre conocido, y asi procurada acomodársele de manera que declarase quién habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces : pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba : y asi despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *Rocinante*, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fue rocin, antes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar *D. Quijote* : de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, asi quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *D. Quijote de la Mancha*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse ; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él : si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida : yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡ O como se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama ! Y fue, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora

de muy buen parecer , de quien él un tiempo anduvo enamorado , aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo , y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos : y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo , y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora , vino á llamarla *Dulcinea del Toboso* , porque era natural del Toboso : nombre á su parecer músico y peregrino , y significativo como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas pues estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento , apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fue que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debia tomar armas con ningún caballero : y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito ; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna , propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leído en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño : y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo : ¿ quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz

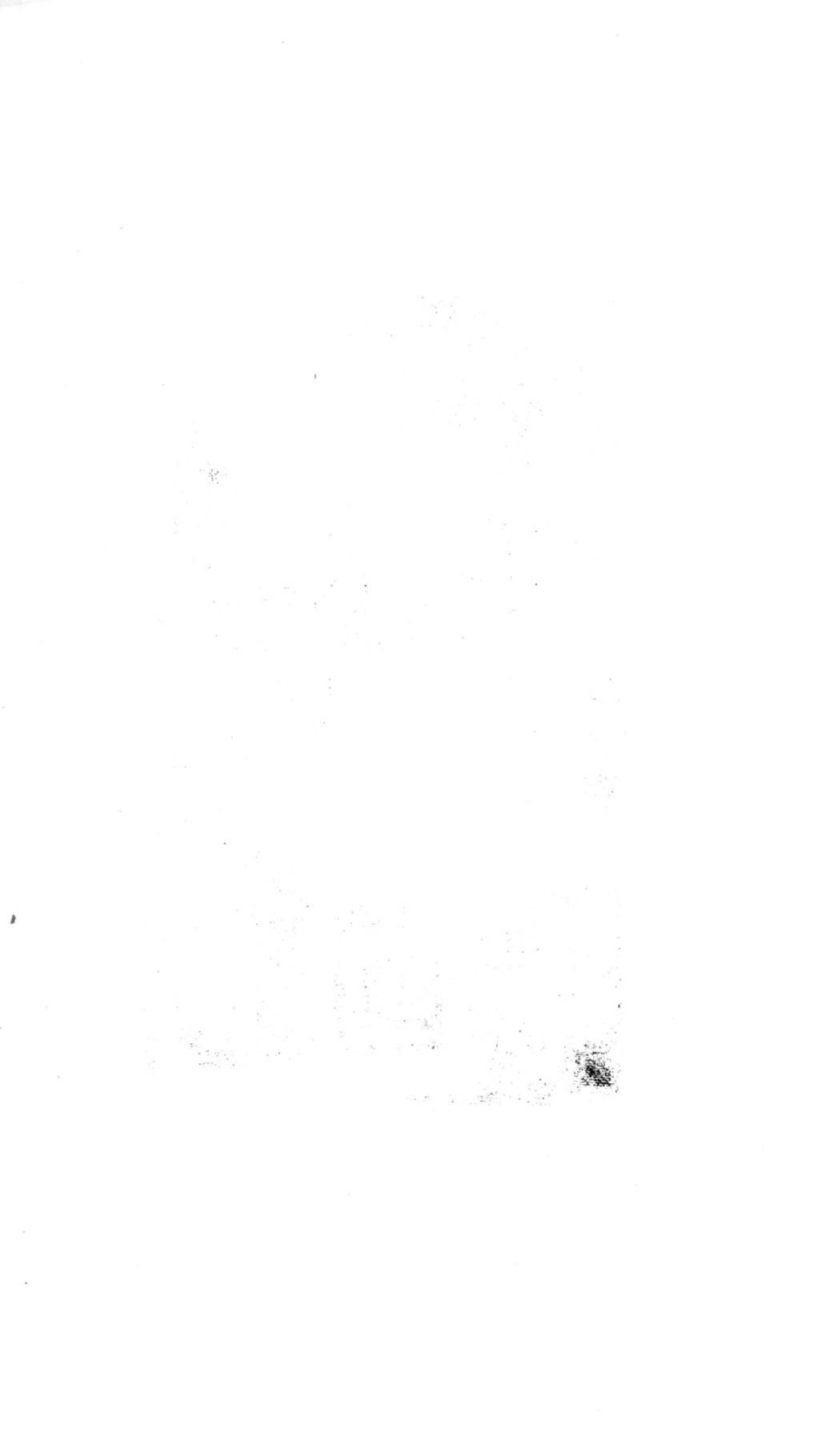
la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y halcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: ¡dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! rúegote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su language: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fue la del puerto Lá-pice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriría algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la

puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada : y como á nuestro aventurero todo quanto pensaba, veia ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que alli estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y asi con extraño contento llegó á la venta y á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzandose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo : non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguizado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria : mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles : bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de ál que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero acrescentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las

muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque « mis arreos son las armas, mi descanso el pelear etc. » Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante ó page. Y así le respondió: según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apearse con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. Y diciendo esto fue á tener del estribo á D. Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como D. Quijote decía, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera D. Quijote,
Cuando de su aldea vino;
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mío: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me





descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazón : pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra ; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viernes aquel día, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha ; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas : pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servia deste menester ; mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horalara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino : y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huesped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huesped, acabó de creerlo cuando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de S. Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las

agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió D. Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros estan llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recibidas, y que veria cuan bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande